

contenido—, y que dedica, respectivamente, a la inexactitud del Registro y a su rectificación, a la liberación de gravámenes y al crédito territorial y el Registro de la Propiedad. Desarrolla en este último punto un cuidadoso estudio, completado con datos estadísticos, que acaba—y con él su obra—deteniéndose en un tema de interés tan vivo y actual como el de la movilización inmobiliaria, insistiendo vigorosamente en la necesidad de que se dé al problema la urgente solución legislativa que reclama, y haciendo objeto de su crítica a la vigente Ley Hipotecaria, que, adoptando una actitud pasiva, lo ha dejado sin solución. Entendemos también, con el autor, que es lástima, efectivamente, que por carecer de la valentía de enfrentarse con un punto espinoso, pero perfectamente abordable, se ocasione a nuestra economía una pérdida de tanta importancia como la que se le deriva de no haber adoptado el moderno mecanismo de negociación de la hipoteca.

Se completa este estudio con una detallada serie de referencias bibliográficas.

Se observa en esta obra—cuya reseña sería siempre, forzosamente, demasiado breve, en atención a sus dimensiones y profundidad—que se trata del trabajo de un maestro, claro, sintético, desarrollado, como dijimos, con un cuidadoso rigor sistemático y lógico, del que, ayudados por el estilo directo y limpio en el que se expresa el profundo y certero pensamiento del autor, se obtiene una completa visión del Derecho registral. Su manejo es igualmente agradable y útil a todo el que necesite un contacto con estos problemas.

PEDRO ROCAMORA.

EMBAJADORES SOBRE ESPAÑA, por JOSÉ
MARÍA DE AREILZA. - Ediciones del Instituto
de Estudios Políticos.-Madrid, 1947.

Han sido en todos los tiempos los viajeros y los embajadores por y en tierras de España en extremo aficionados a escribir sus relatos y a dejarnos sus memorias. En una palabra, y la bibliografía de viajes es el mejor testimonio, a echar su cuarto a espadas en cuanto a describir paisajes y ciudades, a relatar costumbres y juzgar a nuestras gentes. En los relatos y los juicios hay, como es lógico, para todos los gustos, y nos encontramos desde la chanza de un emba-

jador alemán de los tiempos de Rodolfo II, quien decía «que el Manzanares es el mejor río de Europa, porque se puede pasear por su cauce a caballo o en coche», hasta las falsedades de mediano gusto de la frívola María Catalina, Condesa d'Aulonoy, esa viajera a quien dos eruditos españoles, don Agustín González de Amezua y el Duque de Maura le han puesto los puntos sobre las íes o sentado las costuras en un curioso y entretenido libro publicado no hace mucho tiempo.

Fantasías en aquéllos y bellas realidades en las que nos dejó en sus obras el ministro estadounidense Wáshington Irving, el brillante escritor que tan hermosos poemas en prosa escribiera sobre la Alhambra granadina, su residencia durante cierto tiempo; y al citar este texto se nos viene a los puntos de la pluma el libro de otro embajador de los Estados Unidos—Mr. Claudio Bowers—, en el que éste recuerda la estancia de Irving en nuestra España.

En el volumen de ayer y en el de hoy, aparecido este último en lengua castellana en Santiago de Chile, hay afecto por nuestra tierra; también hay interés, lo que viene a atestiguar nuestro primer aserto de cómo en todo tiempo los libros sobre las cosas españolas fueron muchos y de las más variadas opiniones.

Ahora bien: aquéllos nacían con rango pura y exclusivamente literario o costumbrista, haciéndolo estos de la hora presente con ese signo político que ha venido a presidir el mundo en que vivimos.

Los volúmenes que hoy traen el nombre de España entre sus páginas son, naturalmente, o pícaros, como el de la madama francesa—aunque aquí la picardía toma carácter y rango de una palabra mucho más fuerte y de peor sonido—, o nobles y caballerescos, como el del embajador poeta Wáshington Irving. Unos y otros levantaron a su debido tiempo—el de su aparición—la polémica de las dos fuerzas—el bien y el mal, usemos nombres sencillos y clásicos—que hoy mueven al mundo, en tanto ellos se iban traduciendo a todos los idiomas, y en unos y otros las cifras de venta subían con acelerado ritmo.

Ritmo que, justo es consignarlo, crecían más para el libro noble que para el libro no caballeresco del que fué embajador de Su Majestad británica en España, Sir Samuel Hoare. Esos dos libros—el de Hoare y el de Hayes—, que marcan una categoría mental y moral muy diferente, han sido en el año muerto, junto con el de mister William C. Bullit, embajador americano, y el del ex Presidente de la República española Niceto Alcalá Zamora, aquellos que más

atención han atraído de los comentaristas y el público, tanto extranjeros como españoles.

Han sido aquellos a los que José María de Areilza—pluma buída, inteligencia clara, preparación perfecta y caballero español—ha dedicado sus comentarios, que es crítica dura unas veces, elogios otras, en su libro *Embajadores sobre España*, con el cual se abre, y de un modo bellísimo y esperanzador, el panorama bibliográfico del año que acaba de nacer, y que edita con limpieza el Instituto de Estudios Políticos, llevando un breve, pero interesante prólogo de Gregorio Marañón y Moya.

Areilza, que sobre su estilo literario, en que se juntan los mejores dones, tiene un clarísimo talento político, ha sentado las costuras, aún con mayor fuerza que Amezua y Maura, a la frívola francesa del XVII, al también frívolo—para qué usar de vocablos graves o gruesos—embajador británico del siglo XX. Ha dicho, con lenguaje de acero y españolas palabras, su respuesta al caballero patinador; y que conste que lo de patinador no lo usamos en el sentido que significa popularmente en castellano, y sí atendiendo tan sólo a una fotografía que ha corrido mucho por la Prensa del mundo, en la que el hoy lord Templwood se dedica alegre y confiado a este deporte.

Contestación rotunda a un embajador inglés y también a un español que tiene tan sólo este nombre porque nació, para nuestra desdicha, en nuestra tierra.

Niceto Alcalá Zamora—mejor dicho, su libro, *Régimen político de convivencia en España. Lo que no debe ser y lo que debe ser*—sugiere otro comentario a Areilza. Un ensayo que, como todos los que integran el volumen a que nos venimos refiriendo, se nos hace corto, y en el que se dice también con claridad a este fracasado de todas las horas algo de lo mucho que se merece. Se le dice esto y se nos descubren a los que no leímos su libro todas las pocas—mejor dicho, ninguna—ideas que tiene de la política, de la realidad y de lo que es la España verdadera aquel del verbo floreal a quien los españoles de todas las tendencias sólo recuerdan por el sobrenombre que le valió su habitual prenda de calzado.

Defensa española en estos dos ensayos, como asimismo defensa española es el dedicado a la obra de Mr. Bullit *La amenaza mundial*, que ahora aparece en nuestro idioma. En él nuestro país está implícito sin nombrársele, ya que el rusófilo número uno de ayer

se torna asustado de lo que aquello significa. Se asusta o «alarma otro embajador», y, por lo tanto, se pone en una línea de combate que es la nuestra. Se sitúa ya bastante claramente en la neta posición española del antisovietismo, del anticomunismo. Es claro y rotundo el elogio de Areilza al libro de Bullit, como igual—más aún—lo es para el noble, magistral y perfecto volumen de Mr. Corlton Hayes, que tantas ediciones ha alcanzado en castellano, y en el que hay, no por pluma española ni amiga del régimen, la más paladina confesión de cómo fué de prístina la neutralidad de España durante la segunda guerra mundial. Esa neutralidad recogida y manifestada por Hayes y tantos otros viajeros y documentos aliados, y que hoy un equipo de agitadores intenta, bien que vanamente, enturbiar.

Areilza, que ha añadido a sus ensayos unos interesantes documentos para la Historia, ha puesto también junto a aquellos cuatro comentarios sobre otros tantos libros, un quinto en que no se estudia ninguno.

Un quinto ensayo para analizar, evocar, mejor, un hecho lejísimo, en el que se prueba el recio españolismo de un ministro de Estado, el Duque de Sotomayor, y la frivolidad malsana—por lo visto, ha habido muchos Sir Samuel en el mundo—de un embajador inglés, Mr. Bulwer Lytton, a quien aquél puso en la frontera «sin que pasara nada, por supuesto».

Aunque en la O. N. U. saben ya a qué atenerse sobre España y sus «desórdenes», puesto que los ministros belgas vienen a pasar aquí sus vacaciones, será este libro un buen documento para enviárselo, para que vean una vez más lo que fué la neutralidad de España, para que sepan cómo se respeta aquí a las gentes de noble pensamiento, para que aprendan el desprecio que nos merecen los que usan de la mentira, perdón de la histeria, y para que aprendan en el caso lejano de Bulwer—en esto los tiempos no han hecho variar a los españoles—cómo tratamos a los que se meten en donde nadie los llama.

JUAN SAMPELAYO.

En muy pocas ocasiones, como en ésta, se hallaría justificado el tópico si comenzáramos nuestra reseña afirmando de esta obra que viene a colmar un vacío hondamente sentido por los amantes de la literatura clásica. Carecíamos en castellano de traducción alguna completa que pudiera ofrecer al estudioso una coyuntura propicia para conocer directamente la producción del gran dramático latino. Y es el caso que la traducción que ahora se nos ofrece, no sólo satisface esta exigencia, sino que rebasa con exceso los límites que el propio autor se impuso al realizarla. Especialmente resulta esto verdad en la «Noticia sobre Plauto y sus obras», que precede a la versión en castellano de las comedias contenidas en el primer volumen. El erudito autor de la traducción, prestigioso profesor de Literatura, D. Pedro Antonio Martín Robles, no quiso hacer en ella «un amplio estudio», sino una simple «noticia literaria» que sirviera de introducción a la lectura de la comedia de Plauto. Pero la realidad es muy otra: contra sus propósitos, la «noticia» ha resultado ser muy breve, pero sustancioso estudio de los problemas fundamentales que la persona y la obra de Plauto presentan, y en los que se transpira constantemente el fervor con que el traductor lo ha estudiado y la sólida y extensa cultura de quien la ha escrito. Muy especialmente resaltan de este estudio, acaso por la especial vocación de quien redacta estas líneas, las observaciones relativas a la originalidad de la obra plautina, y a «la entrada larga que en ella encuentra la idea jurídica». No es la primera cuestión netamente literaria, sino que de ella depende el valor que pueda atribuirse a las comedias de Plauto como espejo que refleje la vida social y, con ella, algunos aspectos de la vida jurídica de Roma. El traductor destaca, a este propósito, en su «Noticia» de qué manera, a pesar de lo que Plauto debe a sus modelos griegos, la potencia inventiva que desarrolla en la adaptación permite apreciar sus obras como «la pintura más vivaz y más perfecta de la vida romana de sus tiempos». Si acaso puede estimarse lícito sentar esta afirmación respecto de las relaciones sociales que las obras de Plauto reflejan, no sucede lo mismo con los hechos y actos jurídicos que en ellas se muestran. Es notoria la afición de Plauto por estos temas, y alguna

de sus comedias, en especial *El persa*, está cuajada de cuestiones extraordinariamente sugerentes para el jurista. Desgraciadamente, no se conocen los derechos griegos con la bastante precisión para permitir deducciones exactas en una necesaria labor de cotejo; ni tampoco poseemos los originales griegos sobre los que Plauto realizó su original tarea de adaptación. Pero, en cambio, conocemos el Derecho romano de su época (254 a. C.-184 a. C.) en la medida suficiente para apreciar las desviaciones que de las normas jurídicas romanas nos presentan sus cuadros. La puntualización de estas desviaciones se ha hecho tanto más viable y precisa cuanto más ha avanzado la investigación de los derechos griegos. Basta comparar los resultados de las obras iniciales de *Desmelius*, *Costa*, *Pernard* y *Berceanu* con la crítica serena que se apunta ya en *Bekker* y culmina en la aguda investigación de *Partsch* («Römisches und griechisches Recht in Plautus' Persa», artículo publicado en 1910, en *Hermes*, «Zeitschrift für klassische Philologie», 45, páginas 595-614, y reproducido en la obra de conjunto que lleva por título *Ans Wachegelasenken und kleineren verstreuten Schriften*, 1931, págs. 141-156). En todo caso, es evidente que, operando con un método exento de prejuicios, tanto las obras de Plauto como las de Terencio, proporcionan al historiador del Derecho un instrumento válido, no ya tan sólo para el estudio del Derecho romano, sino, asimismo, para el de los derechos griegos. No más lejos del año 1936, *Kübler* publicó en la *Revista de la Fundación de Zavigny* dos pequeñas notas, en que de nuevo contrastaba párrafos de Plauto con contenido jurídico, tratando de precisar su propia esencia. Por todas estas razones, la traducción que hoy comentamos ofrece para el público español un interés decisivo: no sólo proporciona al lector medio, amante de los clásicos, una versión completa, exacta, jugosa y flúida de la obra plautina, sino que siembra en el especialista de la Historia una serie de inquietudes que siempre es oportuno remover y estimular. ¡Lástima que en este aspecto la finalidad, predominantemente divulgadora que inspira a la «Biblioteca Clásica», no haya permitido la reproducción del texto latino! Pero el erudito, estimulado por una versión castellana, tan bella como pulcra, sabrá dónde encontrar el venero originario que la produjo.

URSICINO ALVAREZ.

TRAGEDIAS DE LUCIO ANNEO SÉNECA, versión
española de P. ANTONIO MARTÍN ROBLES.
Editorial Hernando. «Biblioteca Clásica». Vols. 15 y 16.

La misma pluma a que debemos la traducción castellana de las comedias de Plauto, antes reseñadas, nos ofrece una versión admirable de las tragedias de nuestro Séneca *maior*. Igualmente va precedida esta obra de una «Nota preliminar», en la que se valora breve, pero de modo sustancioso, el papel de Séneca en la literatura universal, y se rastrea «la huella que en los mejores dejó su lectura, más bien el estudio íntimo y ferviente, desde Erasmo hasta Ligurio. No dejan de ser apreciadas en esta «Nota» los temas de la personalidad filosófica y poética del gran trágico, el de su originalidad y el de las dificultades que entraña su interpretación. El traductor ha sabido salvarlas, a decir verdad, de un modo sorprendente. Toda la sencilla y flúida grandeza de sus períodos, la perfecta elegancia y poesía de sus construcciones, la fuerza impresionante y enérgica con que sus personajes se producen, la íntima descripción de sus estados de ánimo, toda la gama, en fin, de pasiones que los animan, discurren por la versión que se nos ofrece de un modo tan fácil y espontáneo, que el lector español podrá identificarse plena y fielmente con la verdadera esencia del clásico latino.

El mejor elogio de la obra llevada a cabo por el profesor Martín Robles podría quedar expresado con esta afirmación sencilla: la versión que de Séneca se nos ofrece es tan perfecta, que, al gustarla, llegamos a olvidar que estamos leyendo una traducción.

URSICINO ALVAREZ.

ZARABANDA (novela), por DARÍO FERNÁNDEZ
FLORES. - Colección «Los Cuatro Vientos», de A.
Aguado.-Madrid.

Es curioso el contraste que hay entre el prólogo que Darío Fernández Flores ha puesto a su novela y su novela misma. El prefacio es acre, desmañado y violento; en cambio, el libro, pese a su sinceridad rabiosa, a su cínico desenfado y a su duro realismo, está lleno de vehemencia, de pasión y de cierto idealismo romántico.

Ignoro si Darío Fernández Flores, al escribir *Zarabanda*, se

TRAGEDIAS DE LUCIO ANNEO SÉNECA, versión
española de P. ANTONIO MARTÍN ROBLES.
Editorial Hernando. «Biblioteca Clásica». Vols. 15 y 16.

La misma pluma a que debemos la traducción castellana de las comedias de Plauto, antes reseñadas, nos ofrece una versión admirable de las tragedias de nuestro Séneca *maior*. Igualmente va precedida esta obra de una «Nota preliminar», en la que se valora breve, pero de modo sustancioso, el papel de Séneca en la literatura universal, y se rastrea «la huella que en los mejores dejó su lectura, más bien el estudio íntimo y ferviente, desde Erasmo hasta Ligurio. No dejan de ser apreciadas en esta «Nota» los temas de la personalidad filosófica y poética del gran trágico, el de su originalidad y el de las dificultades que entraña su interpretación. El traductor ha sabido salvarlas, a decir verdad, de un modo sorprendente. Toda la sencilla y flúida grandeza de sus períodos, la perfecta elegancia y poesía de sus construcciones, la fuerza impresionante y enérgica con que sus personajes se producen, la íntima descripción de sus estados de ánimo, toda la gama, en fin, de pasiones que los animan, discurren por la versión que se nos ofrece de un modo tan fácil y espontáneo, que el lector español podrá identificarse plena y fielmente con la verdadera esencia del clásico latino.

El mejor elogio de la obra llevada a cabo por el profesor Martín Robles podría quedar expresado con esta afirmación sencilla: la versión que de Séneca se nos ofrece es tan perfecta, que, al gustarla, llegamos a olvidar que estamos leyendo una traducción.

URSICINO ALVAREZ.

ZARABANDA (novela), por DARÍO FERNÁNDEZ
FLORES. - Colección «Los Cuatro Vientos», de A.
Aguado.-Madrid.

Es curioso el contraste que hay entre el prólogo que Darío Fernández Flores ha puesto a su novela y su novela misma. El prefacio es acre, desmañado y violento; en cambio, el libro, pese a su sinceridad rabiosa, a su cínico desenfado y a su duro realismo, está lleno de vehemencia, de pasión y de cierto idealismo romántico.

Ignoro si Darío Fernández Flores, al escribir *Zarabanda*, se

propuso simbolizar en su protagonista el «donjuanismo» español, no sólo desde un punto de vista puramente literario, sino temperamental. Reconozco que su héroe, no obstante su humano complejo, está trazado con pulso seguro y firmeza de líneas, que nunca se desdibujan. Y eso que Juan es un hombre polar; polar en sí mismo; es decir, contradictorio, opuesto en sus afectos y en sus reacciones, en desacuerdo constante consigo propio; romántico y materialista a la vez, bueno y malo, soñador y sensual, crédulo y escéptico, duro y sensible, fiel a su amor e infiel a su amada; idealista y cínico; un tipo, en fin; pero un tipo muy español: español en sus virtudes y en sus defectos, en su contextura humana, en su perfil psicológico.

Zarabanda es, asimismo, una novela de contrastes. En realidad, casi toda ella es un idilio permanente, con breves intervalos; y es justo destacar que en su unilateralidad amorosa el interés y la pasión se mantienen tensos, sin la necesidad de recurrir a los habituales recursos de las novelas. Los personajes episódicos apenas existen, y si los hay, no se echan de menos. Tal es el atractivo de esa pasión que une a los protagonistas y que, a lo largo del relato, triunfa siempre de la distancia y del tiempo.

Darío Fernández Flórez ha puesto en *Zarabanda* una autosinceridad descarnada, y, sin embargo, a pesar de los alardes de Don Juan que su héroe hace, adivinamos la crisis espiritual que le atormenta y que le decepciona.

He dicho antes que entre el prólogo y la novela hay una desigualdad, un polarismo, y es cierto. En el prefacio, el autor se nos muestra descarnado; en las páginas de su relato, lírico. A veces, su expresión es ruda y despreocupada; otras, en sus diálogos y en sus cartas, sobre todo, es abstracto y barroco.

En las escenas que pinta, o descubrimos una vehemencia apasionada, o vemos un naturalismo desenvuelto, al que su autor no concede excesiva importancia, o, al menos, lo aparenta. Yo diría que se complace en describirnos sus aventuras sexuales y que se venga así de sus escapes sentimentales y dolorosos.

Marianne es una figura femenina muy bien dibujada, y la ternura que guarda para su primer amor conmueve, al tiempo que hace atrayente su personalidad.

También están diseñadas con rasgos caricaturescos o con cínico y simpático desparpajo otras siluetas de mujer que dejan en la vida de Juan una estela medio sentimental, medio erótica.

Merece un elogio, por la fidelidad, la gracia y la alegría juvenil del cuadro, la descripción del ambiente universitario de Grenoble, centro de estudios internacionales y de la picaresca mundial.

Los tipos que aparecen en estos capítulos son de lo más divertido, y algunas de sus escenas, la mayoría casi, de una hilaridad auténtica y una frescura sin par.

Cierra el libro un epílogo dramático que llena de nostalgia el espíritu del protagonista; pero las nieblas se disipan cuando, a su paso, cruza la fragancia de otra hermosa mujer. Genio y figura... Y este Don Juan español no desmiente su raza ni la vehemencia de su temperamento.

Darío Fernández Flórez deja abierto un resquicio a la esperanza en este primer tiempo de su *Cauce logrado*.

ESPAÑA GEOPOLITICA DEL ESTADO Y DEL IMPERIO,
por JAIME VICÉNS VIVES. - Editorial Yunque. - Un tomo
en cuarto; 215 págs.

Don Jaime Vicéns Vives, que ha reimprimido ya la presente obra, ha realizado aportaciones diversas a nuestra historiografía, como su obra denominada *Historia Universal Moderna*, completo tratado de tan largo período; por lo tanto, no es nuevo en las lides editoriales, y su presente trabajo está excelentemente presentado, bien encuadernado y cubierto de vistoso forro, como es costumbre de nuestros actuales libros, que buscan causar un efecto en el público, atrayéndole de esta forma con dibujos y colorines, lo cual si bien hace aumentar la venta, quita algo siempre de empaque científico. Los numerosísimos mapas que avaloran este trabajo están magníficamente concebidos y realizados, hasta tal punto que constituyen uno de los más completos atlas geográficos hechos en España, juntamente con el reciente, dirigido por Menéndez Pidal; en este sentido solamente merece plácemes, y su reducido tamaño facilita su consulta.

Sin embargo, el propósito del autor es más ambicioso: trata de interpretar la Historia de España a la luz de la ciencia geopolítica, y en este sentido, de la introducción de la obra deducimos que el concepto que de esta ciencia tiene el autor es bastante incompleto, y parece sacado únicamente de la *Geografía Política* de Dix; pero le falta el conocimiento de las grandes obras de Hun-

Merece un elogio, por la fidelidad, la gracia y la alegría juvenil del cuadro, la descripción del ambiente universitario de Grenoble, centro de estudios internacionales y de la picaresca mundial.

Los tipos que aparecen en estos capítulos son de lo más divertido, y algunas de sus escenas, la mayoría casi, de una hilaridad auténtica y una frescura sin par.

Cierra el libro un epílogo dramático que llena de nostalgia el espíritu del protagonista; pero las nieblas se disipan cuando, a su paso, cruza la fragancia de otra hermosa mujer. Genio y figura... Y este Don Juan español no desmiente su raza ni la vehemencia de su temperamento.

Darío Fernández Flórez deja abierto un resquicio a la esperanza en este primer tiempo de su *Cauce logrado*.

ESPAÑA GEOPOLITICA DEL ESTADO Y DEL IMPERIO,
por JAIME VICÉNS VIVES. - Editorial Yunque. - Un tomo
en cuarto; 215 págs.

Don Jaime Vicéns Vives, que ha reimprimido ya la presente obra, ha realizado aportaciones diversas a nuestra historiografía, como su obra denominada *Historia Universal Moderna*, completo tratado de tan largo período; por lo tanto, no es nuevo en las lides editoriales, y su presente trabajo está excelentemente presentado, bien encuadernado y cubierto de vistoso forro, como es costumbre de nuestros actuales libros, que buscan causar un efecto en el público, atrayéndole de esta forma con dibujos y colorines, lo cual si bien hace aumentar la venta, quita algo siempre de empaque científico. Los numerosísimos mapas que avaloran este trabajo están magníficamente concebidos y realizados, hasta tal punto que constituyen uno de los más completos atlas geográficos hechos en España, juntamente con el reciente, dirigido por Menéndez Pidal; en este sentido solamente merece plácemes, y su reducido tamaño facilita su consulta.

Sin embargo, el propósito del autor es más ambicioso: trata de interpretar la Historia de España a la luz de la ciencia geopolítica, y en este sentido, de la introducción de la obra deducimos que el concepto que de esta ciencia tiene el autor es bastante incompleto, y parece sacado únicamente de la *Geografía Política* de Dix; pero le falta el conocimiento de las grandes obras de Hun-

tigton, de Brhunes, de Ratzel y de Vallaux y otros autores, así como la lectura de los principios cardinales de la geografía militar. En esta introducción falta por completo el estudio geopolítico del clima, de la ruta, de la frontera, de la ciudad, y de la raza, de la capital, y del estrecho, y del mar, que la hacen insuficiente, aparte de que estas concepciones geopolíticas hay que frenarlas siempre, pues nos llevaría a la negación de la libertad humana; dogma de fe en un absurdo determinismo, aparte de impulsar exageradamente, puede llevar a una concepción materialista de la historia, atacada por la doctrina eclesiástica, que siempre ha creído que la historia estaba motivada fundamentalmente por normas espirituales y religiosas, como se deduce del providencialismo, que culmina en el *Pentateuco* y en la *Ciudad de Dios*, debida al primer genio de la patriástica.

Ello hace que, naturalmente, sea a todas luces insuficiente la geopolítica para explicar todo el desenvolvimiento de la Historia de España, pues estas mismas grandes tendencias a dominar la cuenca hidrográfica, al aislacionismo de la montaña, a la lucha por el *Mare nostrum*, etc., aparecen continuamente desmentidos por el continuo tejer y destejer de la evolución histórica de los pueblos y naciones. Su norma de que las montañas separen los Estados no se ve en la tendencia a dominar, en tiempos de los francos, la marca hispánica; los ríos juegan muchas veces como fronteras, más que como rutas mercantiles.

Pero ello no obsta para que encontremos interesante este trabajo; la geopolítica, si no es causa primera y final de la historia, sí puede ser la eficiente, y en este sentido, muchos de los problemas geográficos y geopolíticos expuestos en la obra sí nos parecen interesantes.

Son valiosísimos los dos mapas de la actual política suramericana, que marcan como ejes el estrecho de Panamá y el imperialismo del dólar, e interesantes son también los mapas del Pacífico y los de Africa, donde se marcan perfectamente la ruta Gibraltar-Suez inglesa y el Cabo el Cairo, que pugna con la tendencia italiana a cerrar Túnez y unir Libia con Abisinia, así como la de Alemania a recuperar sus colonias. En el marco nacional es cierto: al estudio de nuestro subsuelo minero, que lo expone como indispensable para todo poderío político, pero como peligroso, por atraer las ambiciones extranjeras, nueva y genial concepción de esta ciencia, debida ciertamente a la investigación del autor, así

como la de la influencia ejercida por la trashumancia sobre la reconquista, tanto como la de la influencia del pluricultivo sobre la independencia política, también muy lograda.

Falta el estudio de nuestras bases navales: Cartagena, defensora de las Baleares; Cádiz, lazo con América, con las Canarias y Marruecos, y amenaza del cierre del Estrecho, y El Ferrol, arsenal y defensa de nuestros puertos nórdicos.

Echamos de menos un gráfico de las direcciones del comercio español: exportación a América de telas catalanas; a Alemania e Inglaterra, de naranjas valencianas; venta del vino y aceite en Sevilla e intercambio de hierro vizcaíno por el carbón inglés, así como de nuestro comercio interior, en que Madrid debía figurar con el gran mercado comprando la pesca coruñesa, el trigo castellano, la leche montañesa, la sidra asturiana, el paño catalán, la naranja y arroz valenciano y el vino y el aceite andaluz.

Mapas, estos modernos, que encontramos mucho más interesantes que los antiguos y que avaloran este interesante estudio, ensayo geopolítico de nuestra Patria, digno a todas luces de alabanza, y muestran, pese a los reparos providencialistas hechos, la gran inteligencia del autor.